

Valeria Coronel y Mercedes Prieto,  
coordinadoras

# Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana



---

Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana /  
coordinado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto. Quito : FLACSO, Sede Ecuador :  
Ministerio de Cultura, 2010

349 p. : ilus., fotografías, mapas, tablas. – (Colección Bicentenario)

ISBN : 978-9978-67-262-4

ECUADOR ; HISTORIA ; REVOLUCIÓN LIBERAL ; POLÍTICA ; ESTADO ;  
NACIÓN ; ARTE ; CULTURA ; CIENCIA ; GÉNERO ; MUJERES ; INDÍGENAS ;  
QUITO ; CLASES SOCIALES ; RELACIONES INTERÉTNICAS ;  
POSCOLONIALISMO

986.6 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**Ministerio de Cultura**

Av. Colón E5-34 y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 3814-550

[www.ministeriodecultura.gov.ec](http://www.ministeriodecultura.gov.ec)

ISBN: 978-9978-67-262-4

Cuidado de la edición: Verónica Vacas

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: CrearImagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: noviembre 2010

# Índice

<b>Presentación</b> .....	7
Introducción	
<b>Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación: proyecto civilizatorio y fronteras coloniales en el Ecuador</b> .....	9
<i>Valeria Coronel y Mercedes Prieto</i>	
<b>Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925),</b> .....	23
<i>Trinidad Pérez</i>	
<b>Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar</b> .....	77
<i>Ernesto Capelo</i>	
<b>Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica</b> .....	123
<i>Eduardo Kingman</i>	
<b>El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial</b> .....	155
<i>Valeria Coronel</i>	
<b>Las paradojas del liberalismo y las mujeres: coyuntura 1907-1909</b> .....	209
<i>Ana María Goetschel</i>	

<b>El congreso católico de mujeres en 1909 y la regeneración de la nación</b> .....	241
<i>Gioconda Herrera</i>	
<b>Los indios y la nación: historias y memorias en disputa</b> .....	265
<i>Mercedes Prieto</i>	
Epílogo	
<b>Historias de vida de mujeres indígenas a través de la educación y el liderazgo. Intersecciones de raza, género y locación</b> .....	317
<i>Sarah A. Radcliffe</i>	

# Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar

Ernesto Capelo <sup>1</sup>

*Con el estudio de la Geografía, los pueblos se animan, se despiertan, se desarrollan y mueven progresivamente, porque ella sola constituye hoy la ciencia de la vida: la elevación de miras, como suele decirse, y el provecho pecuniario ¿qué son sino frutos reales del conocimiento exacto de todo cuanto vemos y observamos en la superficie de cualquier territorio de nuestro planeta?*

Luis Tufiño

La consideración del mapa como “conocimiento exacto”, como lo describió Luis Tufiño, antiguo director del Observatorio Nacional en Quito y cartógrafo militar, ha sido recientemente objeto de una serie de desafíos. J. B. Harley (2001) es, tal vez, quien más ha desarrollado esta rúbrica de análisis, al plantear que los mapas sirven como instrumentos claves para reforzar y justificar el control social o político. De hecho, al incluir o excluir símbolos, poblaciones y rasgos topográficos, los mapas destacan elementos fijos del paisaje en función de la ideología u objetivos comerciales del cartógrafo. Diversos autores (Wood, 1992; Pickles, 2004; Cosgrove, 2001; Casti, 2000) han extendido el análisis de Harley al subrayar la subjetividad de las proyecciones cartográficas a pesar de su aparente neutralidad.

---

1 Profesor asistente de Historia Latinoamericana en Macalester College. Obtuvo su Ph.D. en la Universidad de Texas. Trabaja sobre historia urbana, historia de la cartografía, transnacionalismo y memoria.

Pickles muestra una variedad de maneras de enfrentar lo que llama la “vista cartográfica” o la “ojeada de Dios”; es decir, el juego de prácticas y tecnologías que establecen la autenticidad científica del mapa y su ilusión de objetividad.

Esta reconsideración teórica basada en las prácticas cartográficas ha inspirado, en la última década, una serie de estudios sobre las formas en que tanto el Estado como intereses comerciales específicos pueden manipular los mapas, con el fin de territorializar el espacio; es decir, naturalizar su control espacial de forma discursiva y militar. Otros estudios han demostrado que este proceso fue regularmente impugnado por sujetos subalternos –por lo tanto la cartografía representaría una zona de contestación social–. Por ejemplo, al considerar el México decimonónico, Raymond Craib (2004) identifica una serie de intentos por localizar y delinear “paisajes fugitivos” bajo un mínimo control estatal, que fracasaron al enfrentarse con poblaciones aisladas, frecuentemente indígenas, que se rehusaron a aceptar las divisiones territoriales propuestas por los geógrafos estatales y emplearon resistencia informal como la destrucción de señales geodésicas o la entrega de información errónea. Además, apoyadas por la participación de geógrafos, ingenieros e ilustradores de origen europeo, estas iniciativas cartográficas vincularon la representación etnográfica con normas racistas. Este fue el caso de la Comisión Corográfica de Colombia, liderada por el italiano Agustín Codazzi, con colaboración británica, norteamericana y venezolana (Larson, 2004).

La historia cartográfica ecuatoriana de comienzos del siglo XX representa una amalgamación de estas tendencias regionales. Al igual que en el caso mexicano, en el Ecuador se pueden identificar momentos claves en que la cartografía expresa los deseos y la visión hegemónica del Estado y de la élite. También existen casos de resistencia social en los que las poblaciones subalternas se enfrentan al Estado, ocasionando conflictos en los que se reflejan tensiones políticas, regionales y religiosas.

La institucionalización de la cartografía durante las primeras décadas del siglo XX, que se concreta con la fundación del Servicio Geográfico Militar en 1927, ancestro del actual Instituto Geográfico Militar (1947), se desarrolló con apoyo internacional. Este proceso comenzó en 1901 con el arribo de la segunda misión geodésica francesa, la cual inauguró un dis-

curso conmemorativo particular de la cartografía ecuatoriana. Este discurso reflejó una visión de un macro-Ecuador a la luz de los conflictos limítrofes con Perú y Colombia.

Tres corrientes dominaron este discurso. La primera se enfocó en la memoria específica de la misión geodésica franco-hispana decimonónica, la cual ofreció la posibilidad de promulgar una visión amplia de la importancia de Ecuador en el desarrollo universal de la ciencia geográfica. Intercalado dentro de este primer discurso encontramos una segunda corriente, que celebra el imaginario de un país amazónico. Esta vertiente ha sido señalada como elemento crítico dentro de la psicología nacional por Natalia Esvertit Cobes (2008) y Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (1996), entre otros. Como intentaré demostrar en este trabajo, el imaginario del país amazónico contribuyó a la consolidación e institucionalización del estudio cartográfico dentro del Servicio Geográfico Militar. La tercera corriente tiene relación con una consideración territorial vinculada al discurso macroespacial que responde al accidente de la posición ecuatorial de la capital. En efecto, el paisaje alegórico se inculcó, especialmente en la capital de Quito, a través de la celebración de esta posición geográfica.

Este capítulo desarrolla un bosquejo de estas intrincadas historias. Comienza con un resumen de los antecedentes cartográficos nacionales desde la primera misión geodésica hasta el fallido intento de concentrar sus resultados bajo el auspicio del Estado garciano. Enseguida, contextualiza el elemento conmemorativo del mapa ecuatoriano al introducir su uso relevante en el marco de las celebraciones centenarias de la misión geodésica hacia el fin de siglo. Al analizar las labores de la segunda misión geodésica, esta segunda parte considera las tensiones que los levantamientos topográficos inspiraron en comunidades indígenas, enfrentamientos que sirven para reforzar el papel que cumple la creación de mapas dentro de los conflictos sociales. En un tercer momento, se analiza al papel de las fuerzas armadas en la institucionalización fructífera del estudio geodésico, topográfico y cartográfico dentro del Servicio Geográfico Militar. Este proceso se concreta en décadas posteriores, con el apoyo estadounidense durante la época de posguerra. Por último, el capítulo examina el impacto de esta historia nacional en la producción de una serie de mapas locales, con énfasis en el espacio quiteño. En conclusión, se presenta algunas posibilidades

para una investigación futura, principalmente considerando los lazos entre la cartografía, el imaginario nacional y los conflictos sociales.

### **Antecedentes: estudio geográfico en la Colonia y la República**

La explosión moderna de estudios cartográficos se originó en el siglo XV en Europa. Además de cartas de navegación, que se usaron durante la exploración y conquista de América, los gobiernos del antiguo régimen produjeron mapas administrativos, como cartas catastrales, para vigilar tanto poblaciones locales como coloniales. De hecho, el reino español mostró su ambición geográfica al financiar el Atlas Escorial, un estudio topográfico minucioso de la Península Ibérica emprendido por Juan López de Velasco, cosmógrafo real de Felipe II. Una vez concluido el Atlas, en 1580, se concretó un nuevo proyecto de levantamiento cartográfico: las Relaciones Geográficas de las Indias. Pero esta nueva iniciativa se encontró con dificultades inesperadas cuando indígenas de la Nueva España, quienes fueron encargados de dibujar los mapas de las distintas regiones, incorporaron jeroglíficos mesoamericanos que identificaban paisajes dilatados y contradecían la práctica europea de vistas octagonales determinadas por la geometría euclidiana (Mundy, 1996). La posterior imposición de esta metodología de interpretación del espacio ha sido interpretada como un asalto a la cosmografía indígena, por parte de un poder imperial que se vinculaba con la “ojeada de Dios” que proponía la ciencia; una mirada que sirvió para deificar la misión ibérica civilizadora.

Esta práctica de emplear artistas aborígenes dentro del proceso de levantamiento de información no se desarrolló al mismo nivel a lo largo de los Andes. Sin embargo, el conflicto entre vistas europeas y nativas fue un elemento constante. Este problema se cristalizó particularmente en el contexto de las miradas urbanas, las cuales destacaron aspectos cívicos, identificados como “comunicéncricos” por Richard Kagan y Fernando Marías (2000), elementos que establecieron jerarquías socio-raciales, al mismo tiempo que desarrollaron culturas criollas alabando la nueva cultura americana. En el propio ambiente quiteño, se puede identificar una serie de imágenes que tienen relación con este proceso, especialmente



cuando se refiere a los cultos a las vírgenes locales en Guápulo y El Quinche. Después del descubrimiento del Amazonas, como ha señalado Carmen Fernández-Salvador (2005), esta visión mariana se transformó en un culto al espíritu misionero que Quito emprendería para el Nuevo Mundo. En particular, Fernández-Salvador destaca una serie de pinturas dentro del claustro de San Francisco que representan un mapa alegórico de la Roma cristiana, ciudad identificada con la ciudadela andina que también esperaba convertir a todo el continente a la verdadera fe.

La visión mesiánica de la ciudad y provincia de Quito recibió un nuevo empuje en el siglo XVIII, como resultado de su papel dentro del desarrollo de la ciencia geográfica. Esto representó un cambio drástico en la política imperial, ya que, durante ese siglo, la Corona había prohibido el levantamiento de mapas en sus territorios coloniales, en respuesta a la piratería inglesa y holandesa. Sin embargo, el espíritu de la Ilustración y la existencia de varias cartas secretas, generalmente levantadas por holandeses, persuadió a Felipe V para señalar que sería grato participar en una expedición científica franco-española para determinar el arco del meridiano ecuatorial, durante la cual se dibujarían cartas de las ciudades principales de la Audiencia de Quito. Como es bien conocido, la misión (1736-1744) se organizó para resolver una disputa acerca de la forma del globo terráqueo ocasionada por las teorías de Newton, las cuales predecían que el planeta se abombaba en el ecuador. Las medidas del arco del meridiano, tomadas por los franceses Charles Marie de la Condamine y Pierre Bouguer –siempre acompañados por los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes emprendieron un estudio idéntico para el orgullo de la ciencia castellana–, demostraron la validez de Newton. Sin embargo, los tempranos resultados que publicó otra misión científica enviada a Laponia anticiparon las conclusiones de la expedición franco-española, relegando la misión a tierras americanas a una segunda categoría (Gómez, 1987; Lafuente y Mazuecos, 1987). No obstante, la reputación de La Condamine creció en virtud de sus animadas observaciones del paisaje andino, de sus habitantes “salvajes” (uno de los cuales mató a un miembro de la expedición en Cuenca), y, particularmente, de su encuentro con la amazonía profunda, elementos que transformaron su volumen en un *best seller* con múltiples ediciones a lo largo del siglo (Safier, 2008).

A pesar de que los criollos de la Audiencia de Quito eventualmente adoptaron la misión como símbolo de su propio sentimiento cosmopolita, existieron frecuentes conflictos entre los miembros franceses y españoles que afectaron su reputación inicial (Safier, 2008; Cañizares-Esguerra, 2003; Poole, 1997). Algunas de las tensiones se derivaron de la construcción, por parte de La Condamine, de pirámides conmemorativas en la zona de Oyambaro, que se encuentra cerca de los llanos de Yaruquí y Caraburo. Las pirámides estuvieron decoradas con la *fleur-de-lis*, símbolo ancestral de la casa francesa de Borbón, y ello fue visto como un insulto a la Corona española. La Condamine evitó ser llevado a la cárcel cuando sostuvo que el mismo símbolo se encontraba en el escudo real ibérico. Pero a pesar de esa defensa y en señal de protesta, las pirámides fueron arrasadas. Los conflictos continuaron una vez que La Condamine regresó a Europa y describió los esfuerzos de sus compañeros castellanos como auxiliares en su relato del viaje meridional, cargo que los españoles intentaron contradecir en su propio estudio, publicado pocos años después de que saliera la obra del francés.

Este conflicto acerca de la autoría de las mediciones se puede identificar de manera gráfica dentro del mapa de Quito que aparece en el tomo de La Condamine (Figura 1). Este mapa presenta una vista octagonal de la ciudad e incluye, al pie izquierdo de la página, el escudo ciudadano y un cartucho en la cima derecha. Este último retrata dos parejas –una europea y otra indígena– rodeadas por flora y fauna exótica ecuatorial, incluyendo cactus, piñas y palmas. Los europeos escudriñan un globo terrestre y el hombre blanco, aparentemente, muestra la ubicación ecuatorial de la ciudad a su compañera. Los indios, quienes se encuentran a una distancia, observan a la otra pareja. Esta alegoría representa claramente la posibilidad de liberación que el pueblo americano encuentra en la ciencia moderna traída por los europeos. Esta metáfora se profundiza en la toponimia del mapa, que revela una ciudad atrapada en los tiempos de la conquista, al identificar al Panecillo con el nombre shyri de *Yavirac* o al señalar los llanos de Ñaquito como campo de batalla entre Gonzalo Pizarro y las fuerzas del virrey Núñez Vela. Juan y Ulloa, quienes fueron enviados a Quito para contrarrestar tal visión, más bien, enfatizaron el poder real al destacar elementos del paisaje como el “potrero del rey” y un cartucho en el que figura el león español.

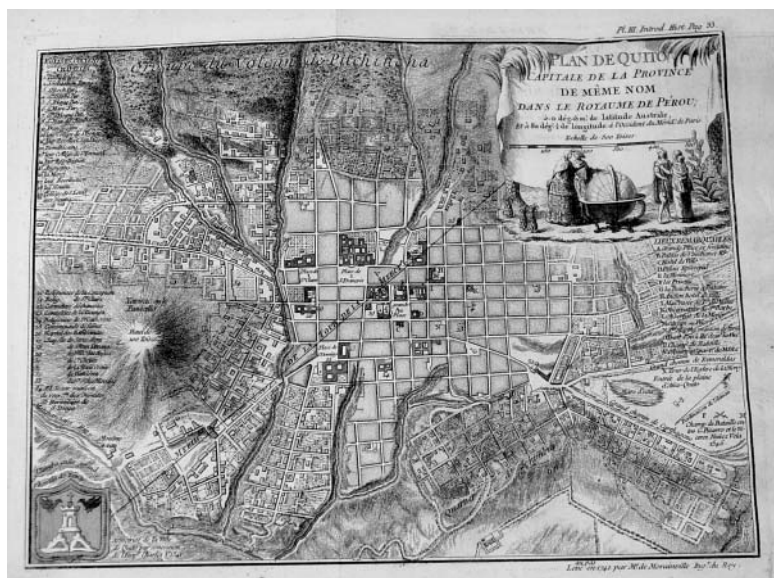


Figura 1. Plano de Quito  
(Charles Marie de la Condamine, 1751)

La colaboración del riobambeño Pedro Vicente Maldonado con los académicos franceses, a quienes acompañó durante el viaje por el río Amazonas, le trajo fama y membresías en las academias francesas y británicas. A primera vista, estas oportunidades deberían haber incentivado la expansión del estudio geodésico y cartográfico dentro de la Audiencia. Sin embargo, la falta de agrimensores, dibujantes expertos, matemáticos e impresores retrasó el proceso. La muerte inesperada de Maldonado, mientras visitaba Londres, exacerbó esta situación, pero, a la vez, hizo crecer la reputación del viaje, muestra de ello son las múltiples ediciones del libro de La Condamine. La visita de Alexander von Humboldt, en 1802, retomó el interés internacional en la Audiencia; y más tarde, esta reputación impulsó a los legisladores de la Gran Colombia a abogar por que el Departamento del Sur fuera conocido como Ecuador para celebrar su posición latitudinal. Al establecerse una nación independiente, en 1830, estas voces prevalecieron, y de esta forma nació la nueva República ecuatoriana.

Como era de esperarse, una alabanza conmemorativa surgió para el centenario del arribo de La Condamine en 1836, e incluso se intentó reconstruir las pirámides de Oyambaro y Caraburo, esta vez sin la *fleur-de-lis* que había causado tantos problemas el siglo anterior.

La falta de dinero y el escaso desarrollo del conocimiento técnico local duraron por varias décadas. Como resultado de esto, se eliminaron las tablas topográficas y las medidas nuevas de los textos geográficos, tal como sucedió con la *Geografía de la República del Ecuador* de Manuel Villavicencio (1858). En su lugar, este estudio narró una genealogía de la geografía política, interrumpida, en ciertas partes, por dibujos con tinta china de los volcanes y montañas serranas. La Carta nacional que lo acompañó (Figura 2) también se concentró en la división política, destacando los linderos provinciales con colores distintos para cada uno, y también incluyendo una variedad de posibles linderos nacionales, dados los continuos conflictos territoriales con Colombia y Perú. A pesar de que Villavicencio trazó los límites de un gran Ecuador, abogó por el uso de linderos naturales como la cordillera del Putumayo, al norte, y los ríos Marañon y Amazonas, al sur, en lugar de usar los linderos históricos de la Audiencia de Quito. Estas divisiones se marcan en la carta tanto por una leyenda como por la utilización del color. Esta decisión resultó crítica, en vista de la reanudación del conflicto sureño ese mismo año, tempestad que solo se resolvió con la llegada de Gabriel García Moreno al poder, en 1859.

La época garciana se ha distinguido en la historiografía ecuatoriana por la centralización de poder y la consolidación de la alianza entre la Iglesia y la clase terrateniente serrana. Dentro de este contexto, la expansión de las ciencias y los estudios técnicos, cuyo crecimiento durante su administración fue igualmente impresionante, ha sido menos estudiada. Este proceso se inauguró con la formación de la Escuela de Artes y Oficios—dedicada a la preparación de la fuerza obrera artesanal—pero se consolidó con el establecimiento de la Universidad Politécnica (Gómez, 1993; Miranda Ribadeneira, 1972; Pérez, 1921). De hecho, García Moreno reclutó un grupo de profesores jesuitas europeos, quienes llegaron a Ecuador a partir de agosto de 1870. Su arribo coincidió con la reanudación de las negociaciones acerca de la frontera con el Perú, episodio que exigió la rápida expansión de la agrimensura y los levantamientos topográficos.

Aunque la universidad tuvo que cerrar las puertas después del asesinato de García Moreno, en 1875, el entrenamiento de cartógrafos, matemáticos y dibujantes durante este corto plazo impulsó el desarrollo de estos estudios durante el resto del siglo.

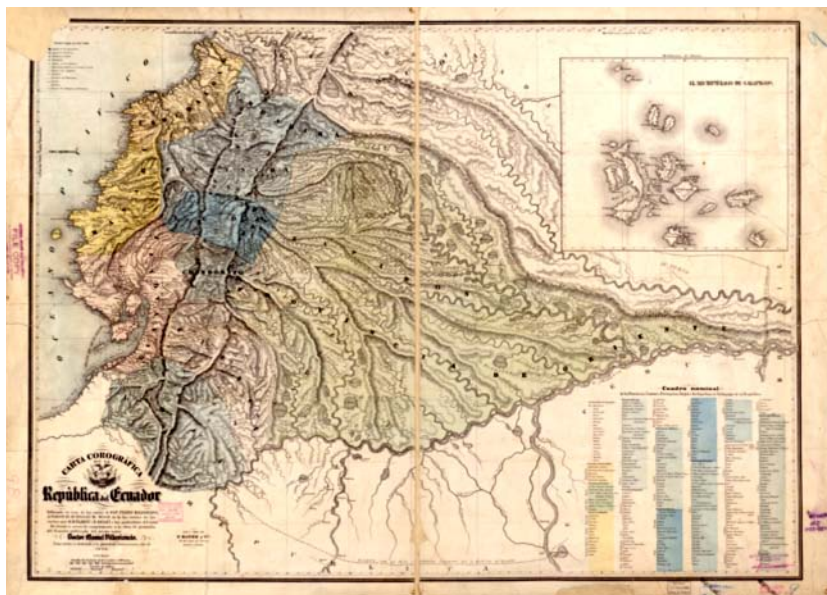


Figura 2. Carta corográfica de la República del Ecuador  
(Manuel Villavicencio, 1858)

El profesor más destacado dentro del contexto universitario fue, seguramente, el matemático Juan Menten, mejor conocido por su dirección del Observatorio Nacional de Quito, cuyo edificio, además, diseñó. En la Politécnica, Menten ofreció cursos de geodesia, matemática y dibujo. Ya para 1875, había completado suficientes medidas locales para producir el primer mapa moderno de la capital. Su mapa de Quito introdujo la convención europea de establecer el norte en la parte superior de la proyección; por lo que su mapa es una de las únicas visiones de la ciudad con orientación vertical en vez de horizontal.

Más conocido que Menten fue su colega Teodoro Wolf, quien continuó este proceso de normar las convenciones europeas en sus estudios geográficos. Geólogo de origen alemán, Wolf se separó de la Politécnica en 1874 debido a un escándalo iniciado por su iniciativa de explicar la teoría darwiniana a sus alumnos. A pesar de la necesidad de despedirle de su cátedra, García Moreno se tornó reacio a perder a un ser tan capacitado y, por lo tanto, le ofreció una comisión para completar un levantamiento corográfico nacional que reemplazaría los estudios de Maldonado, La Condamine y Juan y Ulloa, obra también apoyada por subsiguientes administraciones. Wolf comenzó su trabajo con un plano de Guayaquil, seguido por varios estudios en el litoral y las islas Galápagos, concluyendo la obra en 1890. A diferencia del estudio de Villavicencio, cuya carta fue despreciada por Wolf por incluir unas “montañas imaginarias” en la región baja costeña, su levantamiento y la *geografía* que le acompaña se destacan por sus cuadros técnicos que subrayan la autoridad positivista del alemán. Estos constan de informes topográficos, medidas geodésicas, descripciones extensas de la flora y fauna de las regiones ecuatoriales, una serie de dibujos a tinta de los lugares más aislados, como las islas Galápagos o las selvas del litoral, y también fotografías de los sitios más accesibles, como la cordillera andina o los alrededores de Guayaquil. Se incluyen, además, múltiples vistas de la capital y del puerto principal, que parecen destinados a promover la industria cacaotera y hasta el turismo exterior, aunque este segundo se profundizaría después de la Revolución Liberal.

Esta cultura positivista también se puede identificar dentro de la carta. El elemento más notorio es una anotación que cruza la mayoría de la amazonía ecuatoriana con la frase: “regiones poco conocidas y habitadas por indios salvajes” (Figura 3). Otros elementos significantes incluyen una tabla que presenta la altitud en metros de “montañas, ciudades y otros lugares notables”, la cual apoya las elevaciones topográficas dibujadas a lo largo del mapa. Menos destacado, pero igualmente importante, es el uso tanto del meridiano de París como el de Greenwich para señalar la longitud. Como explica Wolf en la introducción a la *geografía*, esta decisión se debe considerar en concordancia con las normas internacionales que se concretaban en ese entonces. De hecho, Wolf desprecia la tradición de utilizar el meridiano de Quito como longitud central, una costumbre



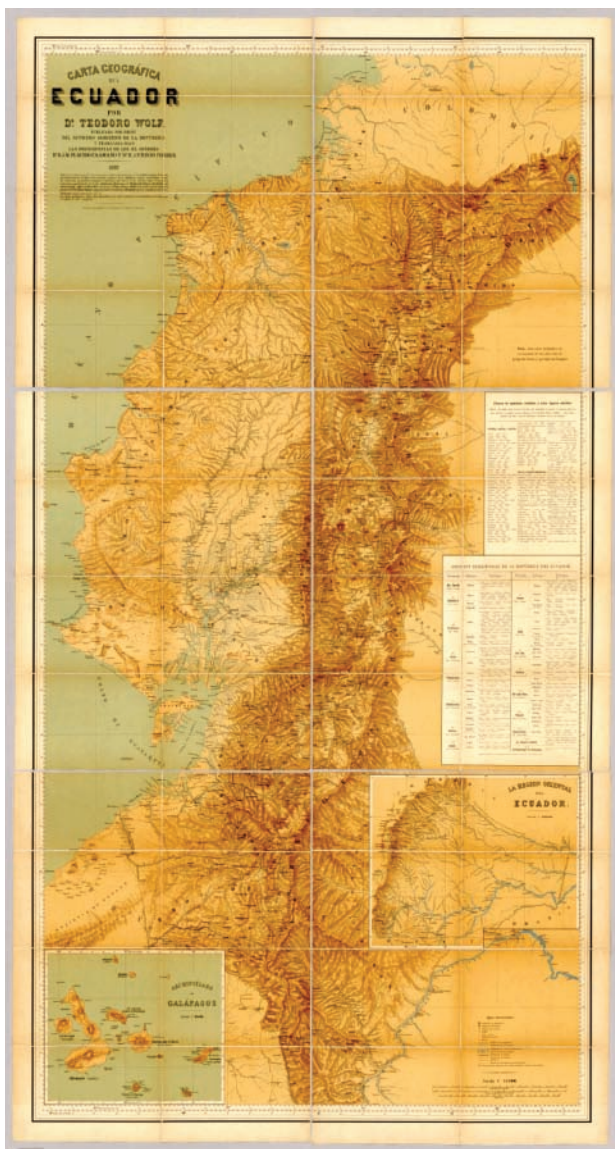


Figura 3. Carta Geográfica del Ecuador  
(Teodoro Wolf, 1893)

que caracteriza como “particularismo ridículo (...) dificultando así el estudio de los mapas a todos los geógrafos que no sean nacionales” (Wolf, 1892: 4). Es importante recordar que esta condena no menciona la incorporación de medidas tomadas desde los meridianos europeos en el pasado, de los cuales se debe destacar la carta de Villavicencio, que incluyó tanto el meridiano de París como el de Quito. Al omitir hechos como este, Wolf se presenta no solo como un científico que intenta apoyar la inserción del estudio ecuatoriano dentro de las normas internacionales sino también como un autor celoso que eleva su propia autoridad y legitimación. Aunque el título de la carta menciona que la obra fue resultado de una “orden del Supremo Gobierno de la República” es el propio Wolf quién se declara experto.

Como señalaré en las próximas dos secciones, con la ascendencia liberal de fines de siglo, esta visión autorial basada en el conocimiento singular de un individuo sabio se transfiere al Estado y, después, a las fuerzas armadas. Este proceso de transferencia se puede considerar como auxiliar al de centralización estatal, que se destaca durante el período liberal e involucra individuos dentro del ejército y la comunidad geográfica, quienes actuaron en alianza con el Estado y el comercio. Estos grupos se apoyaron en las posibilidades generadas por la ampliación de la cartografía para objetivos políticos, particularmente ligados al conflicto fronterizo con Perú, y también a la creación de un mercado para planos, guías turísticas y textos elementales.

### **El fin de siglo: una cultura visual corográfica y conmemorativa**

A lo largo del fin de siglo decimonónico, el nacionalismo se volvió un espectáculo ritualizado. Gobiernos a nivel mundial adoptaron gestos conmemorativos que interpretaron una visión teleológica de la nación, actos que Hobsbawm y Ranger han denominado “tradiciones inventadas”. De esta forma, los Estados apoyaron la propagación de himnos nacionales, presentaron bailes folclóricos y organizaron desfiles destinados a diseminar estos símbolos a un público amplio. En algunas ocasiones se retomaron imágenes antiguas, como en el intento de reintroducir la bandera



blanca borbónica en Francia, después de la caída del Segundo Imperio. Otros representaron invenciones adornadas con parafernalia historicista —un ejemplo sería la adopción de trajes escoceses por parte de nobles británicos entusiasmados por los rituales paganos de sus orillas norteñas—. Así, estos símbolos impulsaron una plétora de imágenes alegóricas, las cuales subrayaron una visión simplificada de la identidad nacional, que generalmente omitía la participación de los grupos marginales, ya fuera por razones de clase o de etnicidad (Hobsbawm y Ranger, 1993). Estas imágenes se convirtieron rápidamente en artículos de consumo; inclusive cuando se trata de mapas y vistas urbanas. En efecto, los nuevos mapas de tránsito, guías turísticas y mapas de consumo doméstico o conmemorativo generalmente incorporaron estos símbolos nacionalistas o regionalistas, que eran fácilmente reconocibles. En este sentido, el mapa se convirtió en un artículo de consumo para turistas y locales, que además fortaleció las relaciones de poder existentes, al animar un concepto particular de desarrollo industrial, comercial o turístico (Delano-Smith, 2000; Akerman, 2006).

La cultura visual ecuatoriana se involucró con estos caprichos, los cuales fueron introducidos dentro de un diálogo con la situación cotidiana. Por ejemplo, el deseo por un *volk* primordial, auténtico y romántico tan prominente en Europa produjo sus homólogos en América. En países como Perú y México, con sus grandes imperios precolombinos, la alabanza de un pasado mítico permitió su adherencia al espíritu racista de la era —por lo tanto, se ve la presentación de figuras como el líder nahua Cuauhtemoc, mártir bajo las fuerzas de Cortés, como un símbolo de la era heroica mexicana, la cual, “lastimosamente”, se degradó en barbarie en la población indígena contemporánea (Carrera, 2005; Craib, 2004; Tenorio-Trillo, 1996a) —. La fascinación europea por lo incaico impulsó óperas, retratos, himnos y composiciones, siempre dedicados a los grandes emperadores, especialmente a Atahualpa y Huayna Capac. En este contexto, los peruanos aprovecharon su notoriedad internacional. Al igual que en México, la eventual derrota de este gran imperio cosificó una jerarquía racial, la cual también denigraba la existencia corriente del indígena (De la Cadena, 2000; Poole, 1997).

En Ecuador, este paradigma racista no se dio tan fácilmente, dadas las dificultades de identificar un pasado heroico. Sin embargo, se concretó un esquema corográfico que presentó una descripción de lo indígena dentro de una rúbrica espacial-geográfica-histórica específica. Así, la mitología precolombina indianista se apropió de los incas “quiteños”, como Atahualpa y Rumiñahui (este último particularmente alabado por su resistencia a los españoles). Como sucedió en el caso de México, estos héroes, alejados en el tiempo, fueron contrastados con los indígenas contemporáneos dentro de una compleja matriz regional, la cual se expresó en la producción cultural, especialmente la visual y la literatura.

Por ejemplo, se exhibió una fascinación negativa en relación con las tribus amazónicas recientemente “descubiertas” por la civilización, o “poco conocidas”, como las identificó Teodoro Wolf en su carta nacional de 1892. Esta consideración tiene raíces en la época colonial, cuando la visión del indio salvaje de la selva se concretó después de la rebelión jívara de 1599, la misma que relata Juan de Velasco en su historia del siglo XVIII (Taylor y Landázuri, 1993; Lane, 2002). Durante el siglo XIX, los intentos del Estado terrateniente por colonizar la amazonía se apoyaron en la necesidad de cristianizar el área –de hecho, una alianza con misioneros dominicanos y jesuitas se concretó como eje central de este esfuerzo (Cobes, 2008)–. La producción cultural evocó esta situación. Su manifestación más conocida se encuentra en el libro *Cumandá*, de Juan León Mera. Como ha señalado Ricardo Padrón, la novela construye una contra-cartografía, que intenta afirmar la primacía del programa conservador garciano mientras apoya el esquema racial-espacial que considera la Sierra como fuerza blanco-civilizadora que se enfrenta a una amazonía salvaje y cruel (Padrón, 1998).

Esta corografía racial fue respaldada por la presentación de una nomenclatura visual, especialmente en espacios dedicados a un público internacional, como las exposiciones internacionales, las cuales son comentadas por Blanca Muratorio (1994) y por Trinidad Pérez (en este volumen). Cabe mencionar episodios como la controversial inclusión de indios desnudos como parte del pabellón ecuatoriano en la *Exposition Universelle* parisiense de 1889, o las maquetas y fotografías de las ruinas de Ingapirca en Cañar, las cuales aparecieron en la Exposición Hispano-Americana de

1892, en Madrid. Estas últimas fueron acompañadas, como ha señalado Betty Salazar (2001), por una escultura de un guerrero Shuar, como siempre identificado como jívaro, para asociarlo con el levantamiento colonial. Ya para la Exposición Colombina de Chicago, en 1893, estos personajes mitificados, heroicos o prehistóricos finalmente desaparecieron, para dar lugar a los tejedores otavaleños. Como ha anotado Brooke Larson (2004: 138-39), esta decisión de enfocar la exposición en una cultura de industria se presentó como alternativa a la barbarie que transmitirían los otros grupos indígenas.

En Ecuador, se podría decir que la intersección de esta cultura visual nacional con una iconografía accesible a un público internacional comenzó con la obra de Wolf, o incluso La Condamine; sin embargo, fue en 1893, en Chicago, que por primera vez apareció ligada explícitamente a un deseo de fomentar la inversión extranjera dentro del país. Sobre esta ocasión, un consorcio banquero guayaquileño, en colaboración con el gobierno nacional y el *Diario de Avisos*, publicaron un tomo conmemorativo titulado *El Ecuador en Chicago* (1894). El volumen incluyó varias vistas del pabellón nacional, y también proveyó descripciones detalladas de la geografía nacional, su historia política y económica, y la gran cantidad de oportunidades para la inversión. Retratos retocados con aerógrafo de los directores del *Diario de Avisos*, otros banqueros eminentes, personajes de buena sociedad, ministros de Estado, el presidente, y otros personajes notables representaron la élite ecuatoriana al resto del mundo. El volumen también incluyó un ensayo pictográfico enfocado en las dos ciudades principales, donde se muestran fotos de las instalaciones porteñas de Guayaquil y las iglesias quiteñas. También se incluyen imágenes cartográficas como la carta del puerto de Guayaquil, trabajada por Wolf, y un nuevo mapa de Quito, dibujado por Gualberto Pérez, alumno de Wolf y Menten en la Politécnica, quien, después, se consolidó como uno de los ingenieros más notables de la capital. Estos levantamientos completaron una proyección narrativa y corográfica que representaba un país pintoresco, listo para la transformación que podría brindar la inversión extranjera.

Al estallar la Revolución Liberal, esta cultura, tanto conmemorativa como empresarial, se volvió, sin duda, la corriente dominante en el país, y la expansión del positivismo público se convirtió en política nacional.

Dentro de este contexto, se ha escrito mucho acerca de la inversión en la infraestructura nacional, especialmente sobre la decisión de Eloy Alfaro de construir el ferrocarril Guayaquil-Quito. Como ha sustentado Kim Clark (2004), este proyecto se envolvió dentro de una matriz retórica apoyando el progreso de acuerdo a metáforas regionales, dentro de las cuales el ferrocarril serviría como una obra redentora, para impulsar el progreso nacional al liberar el país del estancamiento conservador y andino. Aunque obras como esta prometieron una nueva era de progreso y modernización, se debe recordar que este discurso siempre estuvo ligado a la presentación de una metanarrativa positivista, dentro de la cual el partido liberal, por parte de sus estadistas e intelectuales, presentó su administración como una historia alternativa nacional ligada al progreso mundial. Para completar este proceso, fueron necesarios símbolos del espíritu progresista que impulsaría al futuro. Dentro de este contexto, el papel que jugó Ecuador como escenario de la gran misión geodésica del siglo XVIII se transformó en un evento histórico de mucha trascendencia. En efecto, cuando apareció esta propuesta tangible, que permitiría enlazar las obras del nuevo Gobierno con la celebración de un hecho tan destacado, naturalmente, Alfaro no dejó escapar la oportunidad.

El ímpetu para una nueva misión se originó en el exterior. A pesar de los avances en la técnica geodésica, especialmente la llegada del heliotropo y su capacidad de determinar el ángulo solar a gran distancia, las medidas de La Condamine nunca se habían repetido. La llamada para un nuevo estudio del arco del meridiano ecuatorial se levantó por primera vez en congresos internacionales en 1889, terminando con una súplica apasionada por parte de la delegación estadounidense, en Stuttgart, en 1898, la cual obligó a la Academia de Ciencias en Francia a actuar. Así, en representación de la academia, ese mismo año, los capitanes Lancombe y Maurain viajaron a Ecuador, con el objeto de organizar una nueva misión para repetir y verificar los estudios anteriores. Se encontraron con el ministro de Educación y el presidente Alfaro, y luego de una serie de reuniones, impulsaron una nueva misión, dos años más tarde. Los primeros miembros de la misión llegaron en enero de 1901 y recibieron financiamiento del gobierno nacional (20.000 sucres) para gastos incidentales y también una guardia militar que les escoltaría por el país durante los siguientes cinco años.

Más que cualquier otro episodio, la medida del arco meridiano por la segunda misión geodésica francesa representó un momento de transformación de la autoridad cartográfica nacional. Aunque Wolf y sus antecesores habían justificado su legitimidad en alianza con el Estado, su habilidad experta estuvo siempre basada en sus estudios en el exterior. La segunda misión geodésica, al contrario, intercaló la experiencia extranjera dentro de un ámbito nacional, ofreciendo experiencia profesional a los militares que asistieron mientras elevaron el prestigio del naciente gobierno liberal. Sin embargo, la contribución de los militares ecuatorianos y de la multitud de peones, porteros y guías indígenas, quienes colaboraron en el éxito de la obra, fueron sistemáticamente eliminados de los informes que enviaron los franceses a revistas europeas mientras se elaboraron las medidas, y también del reporte final, que se publicó en varios tomos, comenzando en 1910. En lugar de describir esta contribución, estos informes se enfocaron en una historia triunfal de la ciencia francesa, celebrando no solo el viaje de La Condamine sino también la obra cartográfica alrededor del imperio colonial francés y la demarcación del metro, todos elementos que representaban un paso en la búsqueda para el “perfeccionamiento continuo” (Bourgeois, 1902: 341).

El rechazo de la colaboración ecuatoriana fue particularmente agudo en relación con la participación indígena (porteros, mano de obra, intérpretes y guías) dentro de la misión. A pesar de su compromiso, los retratos presentados en los informes son poco favorecedores, pues presentan a estas poblaciones como bárbaros salvajes cuya violencia necesita ser dominada por el heroico espíritu francés. En julio de 1900, al comenzar el proyecto, vemos al Capitán Maurain comentando el riesgo de “la voluntad malvada y fanatismo supersticioso de los Indios” (Maurain, 1900: 8). Bourgeois, en el informe señalado anteriormente, detalla la “civilización rudimentaria” de los indígenas andinos, quienes aparecen alternativamente como “dóciles” o “completamente salvajes” (Bourgeois, 1902: 347). Estas características impuestas cosifican la visión racial positivista de Comte o Spencer y presentan una justificación para la violencia que a veces estalló entre los cartógrafos y estas poblaciones. Tal fue la situación de una trifulca supuestamente provocada por una comunidad de yaruquíes, de la cual resultaron la muerte de una persona y un herido en manos del artillero Alfred

Brasselet, evento que retrasó el trabajo en esta zona, al sureste de Riobamba, por más de dos meses, en 1902; pero el incidente fue ignorado dentro de los informes oficiales, donde se describe solamente como una situación “excesivamente delicada” (*Mission*, 1910: A62).

En realidad, la situación con los yaruquíes fue mucho más complicada. Durante el siglo XIX, esta región había sido sede de varias sublevaciones indígenas, de las cuales se destaca la rebelión de Daquilema de 1781. La provincia de Chimborazo continuó como una de las áreas más volátiles después de la Revolución Liberal. Más tarde, en 1897, en alianza con el obispado, una guerrilla conservadora liderada por Melchor Costales causó estragos a través de la cordillera, conflicto que resultó en el exilio voluntario del obispo Arsenio Andrade. La determinación del Capitán Lancombe de instalar su centro de operaciones sureña en Riobamba, por lo tanto, tenía importancia estratégica para el nuevo gobierno de Leonidas Plaza, quién retomó relaciones con la Iglesia en marzo de 1901. El obispo Andrade regresó poco después y participó en la ceremonia inaugural de los trabajos de la misión en julio de 1901, momento que refleja claramente la tensión entre el Estado y la Iglesia. Tanto Andrade como Julio Mancheno, gobernador de Chimborazo, exaltaron la obra de la misión como fruto de la autoridad y conocimiento de sus patrones, Dios por un lado y el Estado por el otro<sup>2</sup>. Esta tensión se exacerbó en los meses subsiguientes, cuando los esfuerzos de los franceses fueron regularmente frustrados por vándalos que destruyeron componentes de las pirámides observatorios, posiblemente para robar los instrumentos y metales preciosos que se guardaron adentro. Aunque similares raterías habían acaecido durante la construcción del ferrocarril, Mancheno aplicó una multa de cien suces a cualquier persona aprendida, tasa tan alta que pareciera haber estado dirigida a la clase terrateniente, cuyos miembros, además, estuvieron a cargo de proteger la misión cuando atravesó sus tierras<sup>3</sup>.

El incidente en Yaruquíes, el 24 de enero de 1902, debería, por lo tanto, ser considerado en función de la situación trastornada. Esa tarde, el subte-

---

2 ANE, Julio Mancheno al Ministro de lo Interior, Gob., Min. Int., Chimb., c. 24, exp. a.1901.169, 2 de agosto de 1901.

3 ANE, Julio Mancheno, Gob., Min. Int., Chimb., c. 24, exp. a.1901.181, 30 de agosto de 1901.

niente Francisco Gómez de la Torre, miembro del cuerpo ecuatoriano, salió del campamento en la cumbre de Shuyu con dos compañeros. Los tres viajaron a un recinto llamado Cacha, donde cortaron cebada para sus mulas y caballos, hasta que llegó el dueño, un indígena de edad avanzada llamado Juan Guamán, quien demandó que le pagaran por la cosecha. El subteniente retornó al campamento y notificó a Lancombe, quien ordenó que el artillero Brasselet regresara uniformado para intimidar a la población.

Lo que sucedió después es poco claro. Según los militares, al regresar al sembrío encontraron una multitud que parecía emborrachada. Gómez de la Torre supuestamente ofreció pagar dos suces por las seis mulas de cebada, precio rechazado por el hombre más grande del grupo, el indígena Miguel Guaipacha, quien pidió un sucre por cada mula. Aunque Gómez de la Torre al final accedió a este precio, Guaipacha y sus compañeros les asaltaron con palos y piedras provocando la huida de los militares. Brasselet se tropezó con un palo que cargaba el anciano Guamán, caída que le inspiró a disparar dos tiros al aire. Como la muchedumbre continuaba siguiéndole, disparó de nuevo hacia el grupo de indígenas, matando a Guamán e hiriendo a Guaipacha, maniobra que posibilitó su regreso al campamento franco-ecuatoriano, donde Lancombe, inmediatamente, le mandó a contar su noticias al gobernador.

Los indígenas de Cacha contradijeron este relato en una serie de declaraciones tomadas con la ayuda de un intérprete en enero y febrero de 1902. El herido Miguel Guaipacha testificó que al regresar de alimentar sus ovejas se encontró con un extranjero, quien le disparó sin mediar provocación, acción que atribuyó a que cinco o seis indígenas le seguían al gringo a unas 20 varas (15-18 metros). Uno de los vecinos de Guamán, José Manuel Paucar, acertó que había oído voces gritando y que los gringos habían matado a alguien, al investigar, descubrió a un anciano herido, con sangre saliendo del cuello. Los otros veinte miembros de la comunidad entrevistados negaron cualquier conocimiento del levantamiento que describieron Brasselet y Gómez de la Torre, aunque todos habían escuchado de la muerte de Guamán y la herida de Guaipacha. Uno de ellos, Esteban Pilco, incluso confirmó una historia de intimidación más amplia, declarando que unos días antes otro de los “mismos gringos” había cosechado ocho mulas de cebada de sus terrenos, después de amena-

zarlo con una pistola. Como en el caso de Guamán, Pilco reclamó ser pagado solo con dos sucrés<sup>4</sup>.

Dada la discrepancia entre los dos relatos, la corte expandió la investigación. Testimonios subsiguientes confirmaron que Brasselet fue apaleado por la comunidad, mientras otros testigos relataron que tanto Guaipacha como Guamán habían reclamado la presencia francesa por varios días antes del incidente. Parece que la comunidad temía que la misión tuviera esperanzas de enajenar la colina Shuyu –una cumbre sagrada asociada con la famosa familia noble de los Duchicelas–, donde habían acampado por unas semanas. Su inquietud revela no solo un malentendido acerca de la obra de la misión sino también una asociación directa de la agrimensura con la expropiación de tierras; confusión natural dada la privación de terrenos que acompañó la llegada del ferrocarril, unos años atrás. Mientras otras comunidades respondieron a esta amenaza con vandalismo, como ha anotado Clark (2004) en relación al área alrededor de Alausí, en Yaruquíes decidieron confrontar directamente la siguiente incursión estatal.

Para concluir la discusión de este incidente, cabe mencionar que la corte intentó seguir un curso neutral en su resolución. Dada la realidad geopolítica, el testimonio necesitó que Brasselet y el arrogante Gómez de la Torre concluyeran que actuaron en su propia defensa. Sin embargo, el juez estimó que la censura de la comunidad sería en vano y, por lo tanto, se rehusó a castigarla, y también condenó la práctica de confiscar alimentos a la fuerza y advirtió que sería necesario restringirlo en el futuro<sup>5</sup>. Esta decisión disminuyó la tensión local pero, al mismo tiempo, tuvo el esperado efecto de ocultar las circunstancias del conflicto del recuerdo histórico, cuya importancia para una misión expresivamente conmemorativa fue central. Como he mencionado anteriormente, el informe oficial aludió al incidente como algo “excesivamente delicado” pero eliminó las circunstancias. Después de ese momento, el altercado desapareció del discurso oficial, excepto cuando, irónicamente, fue mencionado durante las

---

4 ANE, “Copia simple del juicio seguido para descubrir el autor u autores de la muerte de Juan Guamán y herida de Miguel Guaypacha”, Gob., Min. Int., Chimb., c. 24, exp. f.1902, 6 de febrero de 1902.

5 “La Corte Superior de Riobamba envía copia del decreto expedido en la causa criminal seguida contra Alfredo Brasselet y Francisco Gómez de la Torre, por muerte á Juan Guamán y heridas a Miguel Guaipacha”. En *Registro Oficial*, I: 300, 15 de septiembre de 1902, 3250-52.



celebraciones bicentenarias del arribo de La Condamine. En 1936, por invitación del gobierno nacional, que estaba a punto de inaugurar un nuevo monumento en las afueras de Quito para celebrar su posición como la “mitad del mundo,” el teniente general Georges Perrier de Francia, quien había colaborado en la segunda misión geodésica, llegó por segunda vez a Ecuador. En su discurso, que celebraba el nuevo monumento, mencionó conflictos con poblaciones que malentendieron el aspecto puramente científico de la obra, pero sin hablar de más detalles. Después de esta alusión oblicua, el incidente desapareció de nuevo.

En contraste, la celebración oficialista del estudio del territorio nacional para confirmar la ciencia universal se continuó desarrollando durante décadas subsiguientes, ligado siempre al viaje original de La Condamine. El obscurecimiento de los conflictos sociales y políticos se debió al proceso de institucionalización de la cartografía dentro de la matriz de poder estatal. Esto comenzó durante la visita de los científicos franceses, pero se profundizó de manera singular en el período posterior, cuando los discípulos y colaboradores ecuatorianos se aprovecharon de la gran reputación francesa para establecer una serie de organizaciones dedicadas a centralizar tanto el estudio cartográfico como el discurso oficial acerca de la memoria territorial a niveles locales y nacionales. Este esfuerzo fue desafiado por intelectuales conservadores y por la Iglesia a comienzos de siglo, pero después de la reanudación del conflicto fronterizo con Perú, en 1910, la consolidación bajo el ejército y el partido liberal se aceleró. La tecnocracia militar abogó por la formación de un cuerpo especializado, lo cual se realizó por primera vez durante el gobierno de Isidro Ayora, en 1927. Bajo el auspicio del entonces llamado Servicio Geográfico Militar, la cartografía se convirtió en un instrumento de control territorial.

### **La institucionalización: de la segunda misión geodésica al Instituto Geográfico Militar**

La misión geodésica prestó experiencia valiosa en medición y dibujo para el personal militar que colaboró con ella. A pesar de que en un futuro este grupo se convertiría en el núcleo desde el cual salieron las modernas ins-

tituciones del Instituto Geográfico Militar, la obra cartográfica continuaba operando de manera desarticulada. Los pocos mapas originales que aparecieron durante la primera década del siglo fueron producidos por extranjeros, de los cuales se destaca la obra del ingeniero estadounidense H.G. Higley, quien participó en la construcción ferroviaria y también levantó un plano poco detallado de Guayaquil y una vista panorámica de la capital. A pesar de este estancamiento, el estudio histórico limítrofe creció a raíz de la intensificación del conflicto fronterizo con Perú. Incursiones peruanas desplazaron misiones religiosas en la región y también inspiraron la decisión del Padre Enrique Vacas Galindo de ofrecer sus servicios al gobierno liberal. El presidente Alfaro, a pesar de su diferencia política, aceptó la oferta del fraile dominicano de conducir una investigación en Sevilla entre 1901 y 1903.

No es sorprendente que el trabajo de esta misión, enlazada con el deseo de mantener la soberanía dentro de la región oriental, resultara en la defensa de un *gran* Ecuador cuyo territorio llegaba hasta Brasil. Vacas Galindo (1905) trató este tema en una serie de volúmenes que reprodujeron documentos que el monje había copiado a mano en el Archivo de Indias. Sus labores fueron distribuidas en una edición popular impresa en 1905 bajo el auspicio de la Junta Patriótica Nacional, la cual incluía políticos liberales, conservadores y miembros de la Iglesia, como el entonces obispo de Ibarra Federico González Suárez. Este grupo también editó la primera carta histórica-geográfica nacional, en 1906, la cual intentó subrayar esta posición geopolítica. Esta carta sirvió de base para un panfleto que salió en 1910, después de que volvió a estallar el conflicto con Perú. Esta edición fue acompañada por seis mapas a color que ilustraban la variedad de tratados limítrofes con Perú de los siglos XVIII y XIX, incluyendo el nuevo mapa de la Sociedad Geográfica del Perú, el cual presentaba la extensión ecuatoriana sin territorio amazónico.

La imagen de un Ecuador diminuto —que formó la representación oficial peruana hasta 1998— animó el espíritu bélico del público ecuatoriano, al ser reproducida en varios periódicos de la época (*Manifiesto*, 1910). Además de reforzar la popularidad de Eloy Alfaro, quien dramáticamente visitó la frontera para exhortar a las tropas en caso de que estallara la guerra, este fervor patriótico presentó una oportunidad para organizar un

cuerpo geográfico secular para apoyar el esfuerzo de regularizar la seguridad nacional. Sus miembros incluyeron a varios veteranos de la colaboración con la misión geodésica, como el hermano del presidente, el coronel Olmedo Alfaro, el ingeniero y cartógrafo Gualberto Pérez, y Luis G. Tufiño, astrónomo y director del Observatorio Nacional de Quito. Este grupo conformó la Sociedad Geográfica de Quito, la cual presionó al Estado por fondos para emprender estudios del área fronteriza, dinero que fue aprobado por Alfaro en marzo de 1910 (*Boletín*, 1911: 66-67, 74-75 y 77-78). Pérez comenzó las medidas por orden del presidente, mientras sus compañeros prepararon un programa para la mejor administración de los vastos territorios del oriente. En particular, recomendaron que se dividiera la enorme provincia en dos y se estableciera un registro civil —esta última propuesta fue parte central del programa liberal y su aparición en estas recomendaciones sugiere la invasión de la maquinación política dentro de la más elevada retórica patriótica—. Aunque se instaló una nueva superintendencia en Macas, en 1911, la implementación de un programa para instalar un cuerpo geográfico organizado, siguiendo el modelo del Servicio Geográfico del ejército francés, para levantar un estudio topográfico nacional, fracasó. Este plan había sido bosquejado por Luis Tufiño en una carta al ministro de Obras Públicas ese mismo año, carta que también circuló como un panfleto. Tufiño subrayó la importancia de la obra para la seguridad nacional, manteniendo que se podría acelerar al concretar cursos en topografía para estudiantes universitarios y cadetes militares, quienes ganarían valiosa experiencia de campo en el proceso. Para aplacar dudas, Tufiño también sostuvo que este cuerpo aumentaría la posibilidad de desarrollar negocios turísticos e inversiones extranjeras (Tufiño, 1911).

Las actividades de la Sociedad Geográfica disminuyeron al terminar la presidencia de Alfaro, pero se mantuvieron vigentes y progresaron despacio en la elaboración del cuerpo técnico. Tufiño comenzó a ofrecer cursos de topografía como parte del currículo del Estado Mayor General (EMG), en 1917 (Ribadeneira y Diaz, 1930: 27). Sus alumnos del EMG completaron una serie de estudios de los alrededores de la capital como preparación para el gran centenario de la Batalla de Pichincha, en 1922. Estos incluyeron un catastro cantonal para apoyar la elaboración del censo de la ciudad en 1921, y también un mapa oficial obsequiado al

Concejo Municipal durante las celebraciones, el siguiente 24 de mayo, dibujado por los tenientes Luis Herrera y Ezequiel Ribadeneira. Algunas reproducciones en dos escalas fueron vendidas como parte de la celebración. Mientras Tufiño se concentró en la pedagogía, Gualberto Pérez continuó sus estudios de la zona fronteriza, de los cuales se creó un nuevo mapa nacional, que también apareció en 1922 (Figura 4). En comparación con los mapas anteriores de Maldonado y Wolf, la distinción más sobresaliente de esta nueva carta fue la presentación de la amazonía. La obra de Maldonado se encuadró en los Andes y el litoral, ejemplo seguido por Wolf en su carta de 1892. Aparecieron el Oriente y Galápagos, pero solo en recuadros, con la primera región apelada como “poco conocida”, con solo una mención de la frontera con Brasil incluida. Vacas Galindo ya había invertido esta tendencia en su carta geográfica-histórica de 1906, al incorporar la variedad de linderos de la provincia antigua de Quito, incluyendo gran expansión de territorio contemporánea de Brasil, Colombia, y Perú (Padrón, 1998: 217-21). El uso de un esquema esencialmente monocromático y líneas fronterizas disminuidas también apoyó esta visión de un Ecuador de gran alcance. Pérez, por su parte, evoca esta norma en su carta, la cual también acentúa los límites históricos de la Real Audiencia de Quito, al presentarlos en un amarillo oscuro, mientras los virreinos aledaños aparecen con un blanco hueso. Estos territorios, sin embargo, son identificados como las repúblicas modernas de Colombia, Brasil y Perú, decisión que cosifica el gran Ecuador que había presentado Vacas Galindo. Aunque Pérez sí incluye las fronteras contemporáneas nacionales con una línea interrumpida siguiendo el curso de los ríos Maraón y Putumayo, el juego de colores sugiere que el territorio nacional se identifica con el territorio de la Audiencia, extendiéndose hasta el río Yavarí, que conforma la frontera actual entre Brasil y Perú, que había sido controlada por la república peruana desde el siglo XIX. La inclusión de nombres identificando las tribus indígenas de la región también pretende desafiar la visión de un área “poco conocida” por la ciencia ecuatoriana<sup>6</sup>.

---

6 Cabe recalcar que esta tendencia se puede identificar dentro de los levantamientos nacionales desde el siglo XVIII.

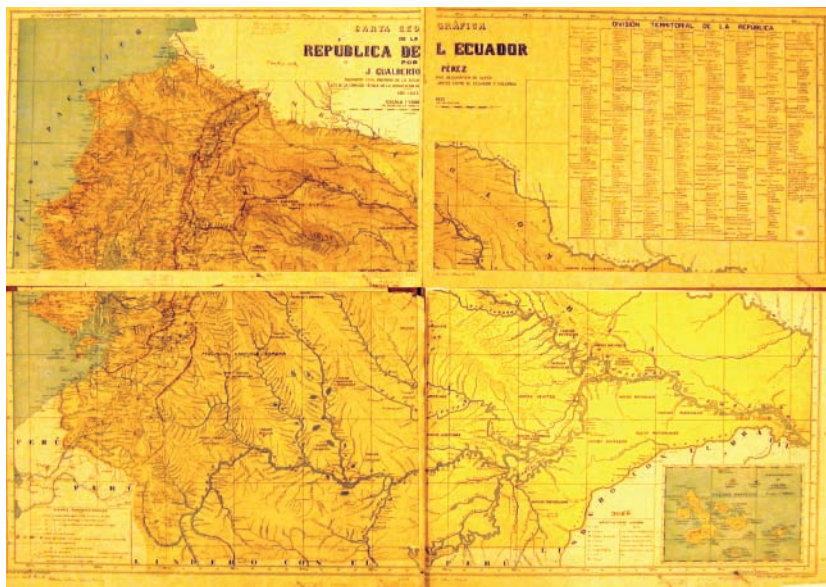


Figura 4. Carta Geográfica de la República del Ecuador  
(J. Gualberto Pérez, 1922)

La retórica nacionalista y belicosa del mapa de Pérez partió del agravamiento de una carrera de armamentos y preparación militar iniciada ese mismo año centenario. Como Perú había invitado una misión militar francesa para asesorar la modernización de su ejército, Ecuador invitó a una misión italiana con el mismo propósito (IGM, 2002: 21-22 y 42-59). Los italianos incitaron el desarrollo de la ingeniería militar y persuadieron al entonces presidente Tamayo de que se creara un curso de estudios topográficos para ampliar las ofertas ad hoc de Tufiño. La administración del curso, integrado dentro del Estado Mayor en junio de 1922, fue entregada al teniente coronel Luis T. Paz y Miño, quien supervisó a los zapadores, minadores, topógrafos y ferrocarrileros que colaborarían en el futuro levantamiento de una carta topográfica nacional. La incertidumbre política de mediados de la década retrasó estas labores, hasta que fueron renovadas durante una misión militar italiana. Esta fue liderada por el capitán ingeniero Giacomo Rocca, quien presentó una conferencia acerca de la

importancia de la topografía para la seguridad nacional, discurso que también subrayó la necesidad de expandir los métodos usados para la agrimensura, en particular la introducción de la fotogrametría y la fotografía aérea. La conferencia fue atendida por la prensa, que apoyó al Estado Mayor y facilitó la decisión eventual de Isidro Ayora, como presidente del gobierno provisional, de organizar una Comisión Técnica para levantar una carta topográfica nacional en junio de 1927, a dos años de la Revolución Juliana. Asesorada por Rocca, supervisada por Paz y Miño y contando con la colaboración de Tufiño, esta comisión preparó un plan sintético, al mismo tiempo que apresuró la instrucción necesaria. Para abril de 1928, al graduarse un conjunto central de técnicos versados en geodésica, topografía, fotografía y cálculo, Ayora transformó la sección topográfica en el Servicio Geográfico Militar (SMG), ancestro del actual Instituto Geográfico Militar.

Aunque la formación del SGM parecía convertir en realidad los sueños de sus partidarios, sus labores iniciales fueron mínimas. Antes de progresar con el estudio topográfico nacional, fue necesario concretar una base geodésica sobre la cual serían comparadas las medidas subsiguientes. Para completar la tarea se decidió usar las señales que había erigido la segunda misión geodésica, la mayoría de los cuales había sido destrozada o estaba descuidada, con excepción de las que se mantenían en los alrededores de Riobamba. El cuerpo, por lo tanto, se trasladó a esta ciudad durante el primer año, donde se levantó una carta de la misma y se concretaron las medidas necesarias. Como había ocurrido en 1901, al salir de las cercanías urbanas, los geógrafos se toparon con resistencia activa por parte de indígenas y terratenientes, quienes anticiparon una nueva serie de expropiaciones o alzas de impuestos a la renta después de las medidas. Uno de los conflictos más violentos ocurrió de nuevo por la loma Shuyo, sitio de la muerte de Guamán por mano de Brasselet un cuarto de siglo antes. En esta instancia, la población rodeó al cuerpo del SGM y destruyó su campamento. El conjunto escapó solo después de disparar señales luminosas para informar a una tropa armada que se encontraba cerca y que dispersó a la muchedumbre (IGM, 2002: 52).

La esperanza de completar una carta topográfica del país se estancó de nuevo durante la década de los treinta, hecho que se puede atribuir a la

inestabilidad política del país dados la depresión económica y los nacientes conflictos sociales. El presupuesto para el SGM disminuyó de forma drástica, especialmente después del baño de sangre de la Guerra de los Cuatro Días, de 1932. El levantamiento expedito de la zona fronteriza del suroeste se demoró hasta 1938, y fue conducido por los mayores Carlos Pinto y Horacio Cantos, pero la falta de estudios detallados, especialmente de la región oriental, contribuyó a las dificultades que experimentó Ecuador durante la guerra de 1941 con Perú.

Dada la grave situación mundial, el representante diplomático de Ecuador en la cumbre de Río de Janeiro de 1942, Julio Tobar Donoso, fue presionado a firmar un protocolo que consignaba la mitad del territorio nacional a Perú, decisión impulsada particularmente por Estados Unidos con la intención de presentar un frente hemisférico unido en contra de la amenaza fascista. Sin embargo, después de terminada la Segunda Guerra Mundial, la nueva colaboración con Estados Unidos tuvo un efecto significativo en las labores geográficas ecuatorianas. Por iniciativa norteamericana, en 1947 se instaló un proyecto continental dedicado a la elaboración del Inter-American Geodetic Survey (IAGS), el cual usó por primera vez la técnica de aerofotogrametría. La necesidad correspondiente de expandir las responsabilidades de instrucción por parte del SGM impulsó la decisión por parte del presidente Velasco Ibarra de elevarlo al nivel de instituto autónomo con la capacidad de titular a sus graduados en 1947, después de lo cual sería conocido como el Instituto Geográfico Militar. De manera irónica, fue también el IAGS el que confirmó la extensión y topografía del río Cenepa, contradiciendo las consideraciones anteriores e impulsando la decisión, por parte de Galo Plaza, de no reconocer el protocolo de Río de Janeiro unos años después.

En este breve bosquejo de la consolidación de la cartografía dentro del Instituto Geográfico Militar se puede identificar un juego de poderes involucrados en su éxito. Su desarrollo inicial, ligado a la modernización estatal, rápidamente lo involucró dentro de una red compleja de relaciones exteriores, especialmente dentro del contexto del conflicto limítrofe con Perú. Los mapas que trabajaron Vacas Galindo, Pérez y el resto de la Sociedad Geográfica de Quito son notables por su enfoque en la región amazónica, acción que nació de la necesidad percibida de reivindicar este

territorio. Esta característica, a la vez, alteró una tradición elaborada por Maldonado y Wolf, no solo en función del dibujo de zonas previamente ignoradas, sino también a través de aspectos periféricos como la nomenclatura y el juego de colores. La continuación de estos esfuerzos, a pesar de las dificultades políticas y económicas durante los años treinta y cuarenta, pone de manifiesto la importancia psicológica de este territorio, tal como lo han anotado Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (1996), al referirse al esfuerzo de territorializar a Ecuador como país amazónico durante la segunda mitad del siglo XX. Mientras Radcliffe se refiere al discurso alrededor de la obra del IGM, la historia de su integración demuestra que su institucionalidad data de un esquema moral-político-histórico desarrollado a comienzos del siglo, lo cual, se podría mantener, continuó en vigencia por lo menos hasta fines del siglo XX.

La última sección de este ensayo examina cómo esta historia se manifestó a nivel local. Se enfoca en la historia de la cartografía quiteña y la elaboración de un paisaje y corografía simbólica ligados a la presentación de la capital ecuatoriana como la “mitad del mundo”. La presencia militar dentro de esta historia demuestra su compromiso con la inserción del mapa dentro del mercado y como aliado de la industria turística de la capital.

### **Una capital global: la cartografía de Quito**

Durante la primera mitad del siglo XX, aparecieron más mapas de Quito que de cualquier otra ciudad ecuatoriana. Esto se dio por dos razones: la posición de Quito como el centro administrativo del país y la expansión de una economía turística ligada a su arquitectura monumental y a su posición ecuatorial. Tal como con las visiones nacionales, esta historia se intercala con asuntos sociopolíticos y con la construcción de una narrativa monumental y nacionalista. Además, la producción y reproducción de mapas capitalinos formó una vertiente de la obra del Servicio Geográfico Militar durante los años treinta y cuarenta, y por lo tanto contribuyó a la consolidación de la obra cartográfica a nivel nacional.

Los primeros mapas modernos de Quito fueron los dibujados por Juan Menten, mientras enseñaba en la Politécnica, y un estudio catastral



levantado por Gualberto Pérez en 1888 (Figura 5). La obra de Pérez resultó la más importante de las dos, por el uso continuo que le dio la Municipalidad para la administración de impuestos prediales, por su uso escolar, y también gracias a su reproducción en la *Geografía* de Wolf. Tal como fue el caso de la obra de Wolf, esta imagen fortaleció la reputación de Pérez como un sabio experto y facilitó su carrera subsiguiente como ingeniero, arquitecto y cartógrafo.



Figura 5. Plano de Quito con los planos de todas sus casas  
(J. Gualberto Pérez, 1888)

Este mapa articula una visión alegórica de un Quito tradicional pero listo para la expansión y modernización. Esta retórica se inicia con la decisión de volver a la convención colonial de presentar la ciudad de forma longitudinal, con el norte a la derecha, como se había hecho en las cartas de La Condamine y Juan y Ulloa, pero lo que había rechazado Menten, quien

siguió la norma internacional de enfatizar las coordenadas globales. La religiosidad de la ciudad también se puede identificar en el listado de monumentos y edificios particulares que acompaña el levantamiento: de los 85 predios marcados por un rojo oscuro, 75 tienen una afiliación religiosa, incluyendo iglesias, escuelas y cabezas parroquiales. El mapa también funciona como herramienta administrativa, al incorporar los planos de cada casa particular, al señalar los nombres de las calles en cada cuadra para facilitar la referencia, y al presentar el número total de edificios en cada calle en una tabla. Pérez también incluyó un manojo de papel en la copia original, el cual presentó al Concejo Municipal en 1887, para la anotación del crecimiento futuro de la ciudad<sup>7</sup>. El mapa se convirtió en la cara oficial de la ciudad, al ordenarse cien reproducciones a color, elaboradas por Erhard Freres, una empresa parisense que también había producido mapas mexicanos y argentinos. Estos fueron distribuidos a colegios y oficinas estatales, lo que acentuó su legitimación, así como al ser incluidos en la *Geografía* de Wolf, unos años después.

El mapa de Pérez señaló un nuevo momento en el desarrollo urbano pero, a la vez, reiteró la posición insular de la capital, no solo por su énfasis en la religiosidad de Quito sino también por la llegada a un público relativamente pequeño. La expansión de una cultura visual dedicada a fomentar la inversión internacional, que mencioné anteriormente, a la vez, concretó la posibilidad de crear un mapa destinado para el exterior. El comerciante Julio Esau Delgado contrató al ingeniero norteamericano Henry Grant Higley en 1903 para levantar una vista panorámica de este tipo (Figura 6). La proyección panorámica, en contradicción con el levantamiento octagonal, presenta una perspectiva tridimensional que distorsiona la realidad espacial pero, al mismo tiempo, ofrece la posibilidad de enfatizar elementos particulares dentro del paisaje para producir un determinado fin. En el siglo XX, se había desarrollado un mercado extenso de panoramas urbanos, especialmente en Estados Unidos, donde estos fueron vendidos como recuerdos o guías turísticas (Ristow, 1985). El uso de esta proyección, por lo tanto, indica el deseo de atraer un público internacional, tal vez para inversión a la manera de *El Ecuador en Chicago*.

---

7 *El Municipio*, octubre 10 de 1887: s.p.

Otros elementos del mapa que apoyan este análisis incluyen un levantamiento de la ruta propuesta del ferrocarril Guayaquil-Quito con topónimos en inglés incluidos en un encuadro, y también la inclusión en un borde de varias propagandas para negocios quiteños de importación. Por lo tanto, se puede mantener que este mapa representa la primera asociación directa entre la cartografía y el comercio a nivel nacional.



Figura 6. Quito en 1903  
(H. G. Higley, 1903)

Talvez lo más impresionante del mapa de Higley es la forma en que muestra el paisaje monumental dentro del ámbito quiteño, el cual todavía se podría considerar vigente. Un análisis iconológico del panorama revela una ciudad, a la vez, tradicional y moderna, de manera más directa que la obra de Pérez. El uso de la proyección en sí facilita este proceso, ya que ofreció la oportunidad de alargar las torres de las iglesias de San Francisco y Santo Domingo (monumentos religiosos) y también el Observatorio Nacional (monumento cívico-científico). Imágenes periféricas acentúan esta visión metafórica, ya que Higley incluyó ocho viñetas fotográficas estableciendo

nodos conmemorativos. Predios modernos, como el Teatro Sucre, son vinculados con la arquitectura sagrada colonial representada por Santo Domingo, San Francisco y la Catedral. El poder estatal es representado por fotos del cuartel militar y el Palacio de Gobierno, pero se destacan aún más los retratos de los dieciséis presidentes de la república, quienes rodean al escudo nacional, con las posiciones de honor en la cima y la base reservadas para los liberales Plaza y Alfaro, respectivamente. El imaginario patriótico continúa, al incorporar un círculo de banderas rojas marcando el sitio de la Batalla de Pichincha, lo que completa un recorrido simbólico de la capital, su importancia cultural y secular, y su rol en la historia.

Estas imágenes serían reproducidas una y otra vez al pasar los años, solidificándose cada vez más como señales de la “quiteñidad”. Gracias al esfuerzo de la Sociedad Geográfica de Quito (SGQ), un paisaje científico arribó para acompañarlas y apoyar la causa de secularización. Esto comenzó cuando Alfaro presentó el pabellón japonés para su sede central en 1910, el cual había formado parte de los edificios monumentales que remplazaron la vieja recoleta dominica durante la Exposición Nacional que conmemoraba el centenario del grito de Independencia en 1909. Un hecho más significativo estalló cuando el arzobispo González Suárez decidió arrasar la señal que habían levantado los geodésicos franceses en la cima del Panecillo, con la intención de erigir un templo. La SGQ respondió enfurecida, y denunció el proyecto como un “atento de lesa civilización” en la prensa. González Suárez se echó para atrás, ya que tenía amistades con algunos de los geodésicos, especialmente con el médico Paúl Rivet, quien, después, se convertiría en un famoso arqueólogo. El arzobispo prometió elevar una pirámide conmemorativa en el Panecillo y, por su acción, se le ofreció una membresía honoraria en la sociedad.

Al final de 1910, se decidió cambiar el sitio del monumento y colocarlo en el parque Alameda, donde sería levantado en la sombra del Observatorio Nacional, una decisión que identificaba simbólicamente al parque con las dos visitas europeas y los mejores frutos de la ciencia nacional. Una nueva entidad, el Comité Franco-Ecuatoriano, recaudó fondos para un monumento espléndido, y la construcción se inició en abril de 1911, con una ceremonia atendida por el presidente, los miembros de la sociedad, el arzobispo y oficiales municipales. El monumento fue diseñado por un

escultor francés, Paul Loiseau-Rousseau, y fue colocado por el arquitecto suizo-italiano Francisco Durini, residente en la capital (Figura 7). En la base piramidal figuran los nombres de los miembros de las dos misiones y los donantes contemporáneos, y un alto relieve denota la sabiduría y escribe la historia en curso de la ciencia natural. En la cima, en lugar de la *fleur-de-lis* que había provocado tantos problemas dos siglos antes, apareció un cóndor sentado en un globo terráqueo, imagen que consolidaba el abrazo de la centralidad mundial de la ciudad y la nación (*Boletín*, 1911: 92-98).



Figura 7. Monumento geodésico, Quito  
(Paul Loiseau-Rousseau, ca. 1911)

Al levantar el monumento en la Alameda, la SGQ afirmó su título en un tercer sitio simbólico, en menos de dos años, proceso que comenzó con el pabellón japonés y continuó con su disputa victoriosa sobre el Panecillo. Cada uno de estos lugares existía dentro de un paisaje simbólico. El parque Alameda y la Recoleta representaban sitios periurbanos rodeados por una tira de construcción nueva que formaba la ciudad moderna. La ubi-

cación de la SGQ en estos lugares demarcó el control alegórico de la geografía sobre los terrenos aledaños y los arrabales de la ciudad. La vista panorámica que se disfrutaba desde el Panecillo no solo abatió la pretensión de la Iglesia, sino que, a la vez, simbolizó el control sobre el sitio más preciso para medir la extensión de la ciudad, ya que su crecimiento hacia el sur significaba que ya no se podría ver su totalidad desde el Itchimbía, cima tradicionalmente usada para el dibujo de vistas panorámicas.

El primer intento de presentar un mapa de la ciudad preparado por un miembro de este conjunto expresa esta visión civilizadora y colonizadora de manera explícita. Esta fue, otra vez, la obra de Gualberto Pérez, quien en 1912 elaboró un nuevo plano para guiar el desarrollo futuro de la ciudad, que se tituló “Quito actual y del porvenir”. El proyecto se basó en una cuadrícula regular interrumpida por avenidas diagonales reminiscentes del París como lo planificó el Barón Haussmann, y que probablemente fue influenciado por la misión geodésica. Sin embargo, Pérez se rehusó a seguir las incisiones drásticas y violentas que Haussmann concretó en las áreas centrales de la capital francesa, ya que preservó la ciudad actual dentro de su Quito del porvenir, el cual comienza en los alrededores. Comunidades existentes dentro de los arrabales, sin embargo, no recibieron el mismo tratamiento, ya que las avenidas y la cuadrícula del progreso son colonizadas por un Quito moderno, afrancesado, que no reconoce impedimentos<sup>8</sup>.

La visión utópica de Pérez no fue adoptada para la planificación central, pero su falta de consideración de las poblaciones aledañas y la vista colonizadora continuaron siendo parte de la cartografía quiteña preparada por los servicios topográficos del Estado Mayor General en los años anteriores al centenario de la Batalla de Pichincha, en 1922. El primer caso fue una carta levantada para los trabajadores del censo en 1921, por orden del Municipio y la Junta del Centenario (Figura 8). Esta carta es notable por la denominación de una jerarquía espacio-racial por medio de su esquema de colores. Las zonas urbanas ya construidas son marcadas con bloques de rosado, mientras los barrios nuevos, como la ciudadela

---

8 Este proceso es bien similar al que se desarrolló en otras capitales latinoamericanas, especialmente en la ciudad de México, donde las haciendas tradicionales y poblaciones indígenas fueron colonizadas por el Estado porfiriano (Tenorio Trillo, 1996b: 96).



Mariscal Sucre, aparecen en blanco, con solo las calles ya trazadas pintadas de rosa. Las zonas rurales aledañas, en los llanos de Turubamba e Ñaquito, son incluidos por causa de necesidad censal y también son presentados en blanco, color, por lo tanto, asociado con espacios vacíos, por desarrollarse aún. Las construcciones rurales también son distinguidas con colores distintos: los cuadros negros son identificados como “casas sólidas”, mientras los cuadros blancos representan “casas no-sólidas”, posiblemente chozas. De nuevo, el color blanco acentúa niveles de progreso y las posibilidades de un futuro desarrollo. Como en el caso entre las dos zonas urbanas (construidas y bajo construcción) estas casas y sus habitantes parecen venir de dos mundos. Una lectura más profunda de las estructuras rurales revela también una distinción a nivel socioeconómico-racial, ya que algunas haciendas son identificadas por su nombre y pintadas del mismo color rosado que la ciudad, los que promueve, por lo tanto, una consideración de la habitación del hacendado como parte del mundo urbano, no como la choza indígena.



Figura 8. Detalle plano de la ciudad de Quito para los trabajos del Censo (1921)

Una jerarquía similar se desarrolló en una serie de planos dibujados por los servicios militares durante los años veinte. Por ejemplo, en el mapa que conmemora la Batalla de Pichincha, elaborado en 1922 por el Estado Mayor General, los colores también demuestran diferencias en distintas partes de la ciudad. Cada parroquia urbana es identificada por un color propio, pero solo las áreas centrales –es decir, las zonas construidas en su totalidad– son rellenadas por el color parroquial. En barrios nuevos como La Magdalena o Alfaro (Chimbacalle) solo las calles centrales están pintadas, mientras las cuadras permanecen en blanco. La excepción a esta regla es la ciudadela Mariscal Sucre, que también está pintada en su totalidad, decisión que, paradójicamente, plantea una visión del barrio como una zona urbana terminada, a pesar de que la mayoría de su extensión permanecía sin desarrollarse. Cabe suponer que la marcación del barrio como nudo central urbano se debe a su carácter de élite, teoría fortalecida por la exclusión correspondiente de las parroquias de La Magdalena y Alfaro, zonas predominantemente pobladas por la clase obrera y comunidades indígenas. Un esquema similar fue repetido en mapas subsiguientes, como fue el caso de un mapa topográfico levantado por el Servicio Geográfico Militar en 1932. En este caso, las curvas de nivel fueron interrumpidas por la presencia de construcciones urbanas en la mayoría de la ciudad, con la excepción notable de Chimbacalle.

Los mapas que aparecieron durante los años veinte y treinta también expandieron la presencia quiteña dentro de una economía turística. Reproducciones del mapa de Herrera y Ribadeneira fueron vendidas como recuerdos durante las celebraciones de 1922, incluyendo una versión reducida, con color rojo, con un borde de propagandas al estilo Higley. Panoramas y fotos de la ciudad aparecieron en publicaciones gubernamentales dedicadas al comercio exterior como *El Ecuador Comercial* y la publicación del consulado ecuatoriano en Venezuela: *Ecuador: Revista de propaganda y turismo*. Ya para 1931 apareció un plano dedicado a la actividad turística producido por Editorial Chimborazo. Cuando el Servicio Geográfico Militar inauguró una imprenta en 1934, las posibilidades aumentaron. En 1935 apareció uno de los más notables mapas turísticos: el Plano Indicador de Quito, levantado por el colombiano Froilán Holguín Balcázar (Figura 9). Esta carta patentada presentaba la ciudad en un cír-



culo con propagandas e imágenes alrededor. Códigos particulares identificaron negocios y monumentos en el área central, los cuales podrían ser encontrados al alinear el número con un listado al borde. Holguín Balcázar dirigió estos planos a hombres de negocios latinoamericanos y ya había preparado otros para capitales europeas y americanas, como París, Londres, Buenos Aires y Río de Janeiro. La inclusión de Quito, por lo tanto, certificaba su proyección internacional.

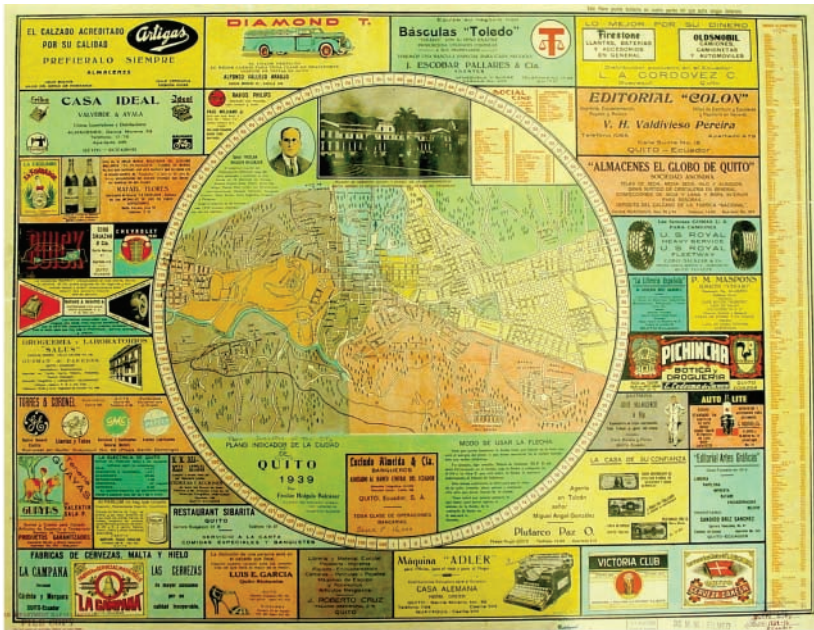


Figura 9. Plano indicador de Quito  
(Froilán Holguín Balcázar, 1935)

El año siguiente, el Estado expandió su papel en el desarrollo del turismo regional, al inaugurar un monumento en la línea ecuatorial para celebrar el bicentenario del arribo de la misión geodésica franco-hispana original. El monumento se había planeado desde 1911, después del conflicto entre la Sociedad Geográfica de Quito y el arzobispo González Suárez sobre las señales arrasadas en el Panecillo. En ese entonces, se consideró ampliar el

paisaje monumental regional al construir réplicas de las pirámides originales que había erigido La Condamine en Oyambaro, en los llanos de Yaruquí y en Caraburo, cerca del ecuador, en el pueblo de San Antonio de Pichincha, a 20 kilómetros al norte de Quito (*Boletín*, 1911: 92-98). Aunque postergado en ese momento, este proyecto fue completado para el bicentenario.



Figura 10. Detalles plano de la ciudad de Quito (Servicio Geográfico Militar, 1946)

El aniversario también proveyó la oportunidad para certificar la identificación de la república con los avances geográficos de las dos misiones de forma más ceremonial (Chiriboga y Perrier, 1936). En noviembre de 1935, se formó un comité, bajo la autoridad del historiador de arte José Gabriel Navarro, para organizar las festividades, el cual estaba conformado por funcionarios gubernamentales, representantes del Servicio Geográfico Militar y varios miembros del Comité France-Amerique, un órgano del gobierno francés. Los eventos planeados para Mayo de 1936 incluyeron galas, informes científicos y desfiles en Quito y Riobamba que incluyeron la participación del enviado especial francés, el general Georges Perrier. Él preparó una historia detallada de su visita previa a Ecuador y también inauguró un nuevo monumento diseñado por Luis Tufiño, que se levantó en la línea ecuatorial. Su diseño aludía tanto a la obra de La Condamine, en sus líneas simples, como a la obra de Loiseau-Rousseau en la Alameda, al incorporar un globo en la cima. El cóndor de este último desapareció, y fue remplazado de forma significativa por gradas variegadas al estilo precolombino. Aunque se podría leer una simpatía con la situación indígena contemporánea, este toque indigenista probablemente apareció en referencia a la fama que habían recibido los estudios de Paul Rivet acerca de poblaciones precolombinas ecuatorianas.

La importancia estética del monumento, sin embargo, debe ser considerada como secundaria respecto al impacto económico de crear un destino en la línea ecuatorial que podía ser explotado por la naciente industria turística. Como había sucedido años atrás, el SGM inmediatamente incorporó su imagen en sus mapas dedicados al fomento de este negocio. Estas guías proliferaron a comienzos de los años cuarenta, tiempo de producción disminuida del SGM, como cabe recordar. Por un lado, estos mapas de bolsillo presentaban una carta de la ciudad con los elementos usuales, incluyendo un listado de los edificios públicos y nombres de calles repetidos. Al otro lado aparece un montaje de propagandas dirigidas al viajero: agencias de viajes, compañías de automóviles y llantas, piscinas alledañas a la ciudad, y, por primera vez, las montañas y el paisaje silvestre (Figura 10). Como acompañamiento aparece el paisaje simbólico de la ciudad: iglesias, arquitectura colonial, y ahora también el monumento en la mitad del mundo. Al centro, unificando estos elementos dis-

persos, el SGM incorporó por primera vez un mapa vial de la ciudad y sus alrededores. Este elemento concretó la consideración de una ciudad que dominaba sus alrededores, los cuales se encontraban de venta al público local, nacional y extranjero por vez primera.

## Conclusión

Este capítulo se ha concentrado en el poder del mapa como instrumento de elaboración de imágenes nacionales, de la colonización interna, la planificación urbana y el desarrollo comercial. Los cartógrafos ecuatorianos operaron como agentes al crear el conocimiento oficial y, a la vez, acelerar procesos de transformación. Se han destacado tres corrientes conmemorativas, las cuales operaron en alianza con el deseo estatal de consolidar su control territorial. En la primera parte, este trabajo ha considerado la celebración de la misión geodésica franco-hispana del siglo XVIII, que formó una de las vertientes alegóricas ligadas a la fundación nacional y la consolidación de los estudios cartográficos modernos. El imaginario de un país amazónico se enlazó con la ojeada científico-geográfica de manera similar, ya que su impacto a nivel nacional e internacional fue elaborado por los trabajos específicos de cartógrafos. Al mismo tiempo, la necesidad de justificar la presencia ecuatoriana amazónica impulsó la institucionalización militar de estudios geográficos durante los años veinte y treinta. Finalmente, se ha enfocado en el impacto de estas normas en la constitución de un paisaje simbólico y de una economía turística en la ciudad de Quito.

Este bosquejo se ha concentrado particularmente en una historia cultural de imaginarios elaborados y comunicados a través de una serie de mapas. Aunque integra aspectos de la historia política y social, particularmente cuando se refiere a la obra de la segunda misión geodésica, la intersección entre lo social y lo cartográfico merece un estudio más detallado. Sería especialmente interesante preguntarse sobre los impactos de las corrientes demográficas del país. En particular, me refiero a los procesos de migración intra-nacional, incluyendo la colonización del oriente, la migración rural-urbana y el movimiento de poblaciones serranas al Lito-

ral. Esta historia y su relación con la creación de una economía nacional ligada al programa liberal han sido trabajadas en gran detalle por Jean Paul Deler (2007) –cabe elaborar un análisis cultural relejando las fuentes que nos ofrece Deler, para interrogar las relaciones de poder enlazadas.

Algunas vertientes que podrían ser fructíferas para tal esfuerzo serían la continuación del análisis de la interacción entre poblaciones rurales y cartógrafos que he introducido con el resumen de los conflictos en Yaruquíes. Se necesitaría emprender una búsqueda minuciosa en los archivos del Instituto Geográfico Militar, cuyos enlaces con la historia sociopolítica y cultural están por escribirse. El levantamiento de los estudios topográficos desde los años veinte a los cuarenta sería particularmente fructífero para profundizar nuestro entendimiento tanto del proceso de territorialización como, a nivel local, del imaginario nacional. Los conflictos entre los geógrafos y las poblaciones indígenas probablemente podrían servir como una línea investigativa importante, ya que es lógico suponer que estos y la memoria exhibida en Yaruquíes no fueron eventos aislados.

Finalmente, cabe señalar la posibilidad de ampliar el estudio de la conmemoración de las misiones geodésicas no solo con un enfoque en la ciudad de Quito, sino también en relación a otras ciudades ecuatorianas. El caso de Riobamba aparece inmediatamente como una vertiente fructífera, dados su papel en las medidas descritas en este ensayo y su propia conmemoración de la carrera de Pedro Vicente Maldonado, cuya memoria señala un paisaje simbólico en la ciudad de manera similar a la consideración ecuatorial en Quito. En particular, se destaca la necesidad de revisar la historia decimonónica de esta memoria, la cual –únicamente se ha resumido en este ensayo– tuvo un impacto integral no solo con relación al recuerdo de la misión, sino también en la elaboración de los símbolos más básicos de la nacionalidad ecuatoriana, comenzando, por supuesto, por su propio nombre.

## Bibliografía

- Akerman, James R. (2006). "Twentieth-Century American Road Maps and the Making of a National Motorized Space". En *Cartographies of Travel and Navigation*, James R. Akerman (Comp.): 151-206. Chicago: University of Chicago Press.
- Boletín de la Sociedad Geográfica de Quito* (1911).
- Bourgeois, René (1902). "Opérations de ma mission Française chargé de la mesure d'un arc de méridien en Équateur". En *La Géographie*, Vol. V: 340-50.
- Cañizares-Esguerra, Jorge (2003). "Postcolonialism Avante La'lette?: Travelers and Clerics in Eighteenth-Century Colonial Spanish America". En *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Mark Thurner y Andrés Guerrero (Comps.): 89-110. Durham: Duke University Press.
- Carrera, Magali M. (2005). "From Royal Subject to Citizen: The Territory of the Body in Eighteenth and Nineteenth-Century Mexican Visual Practices". En *Images of Power: Iconography, Culture, and the State in Latin America*, Jens Adermann y William Rowe (Comps.): 17-35. Nueva York: Berghahn Books.
- Casti, Emanuela (2000). *Reality as Representation: The Semiotics of Cartography*. Bergamo: Bergamo University Press-Sestante.
- Chiriboga N., A.I. y Georges Perrier (1936). *Las misiones científicas francesas en el Ecuador: 1735-1744; 1899-1906*. Quito: Imprenta Nacional.
- Clark, A. Kim (2004). *La obra redentora: El ferrocarril y la nación en Ecuador 1895-1930*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Cobes, Natàlia Esvertit (2008). *La incipiente provincia: Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Cosgrove, Denis E. (2001). *Mappings*. Londres: Reaktion Books.
- Craib, Raymond B. (2004). *Cartographic Mexico: A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*. Durham: Duke University Press.
- De la Cadena, Marisol (2000). *Indigenous Mestizos: The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham: Duke University Press.



- Delano-Smith, Catherine (2000). "The Map as Commodity". En *Approaches and Challenges in a Worldwide History of Cartography*, David Woodward, Catherine Delano-Smith y Cordell D.K. Yee (Comps.). Barcelona: Institut Cartografic de Catalunya.
- Diario de Avisos (1894). *El Ecuador en Chicago*. New York: A.E. Chasmar.
- Instituto Geográfico Militar - IGM (2002) *El Instituto Geográfico Militar a través de la historia*. Quito: Instituto Geográfico Militar.
- Fernández-Salvador, Carmen (2005). "Images and Memory: The Construction of Collective Identities in Seventeenth-Century Quito". Disertación doctoral, Universidad de Chicago.
- Gómez, Jorge R. (1993). *Las misiones pedagógicas alemanas y la educación en el Ecuador*. Quito: Abya Yala.
- Gómez, Nelson (1987). *La misión geodésica y la cultura de Quito*. Quito: Ediguías.
- Harley, J.B. (2001). *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*. Paul Laxton (Comp.). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (1993). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kagan, Richard L. y Fernando Marías (2000). *Urban Images of the Hispanic World, 1493-1793*. New Haven: Yale University Press.
- Lafuente, Antonio y Antonio Mazuecos (1987). *Los caballeros del punto fijo: Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispano-francesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal, CSIC.
- Lane, Kris (2002). *Quito 1599: City and Colony in Transition*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Larson, Brooke (2004). *Trials of Nation Making: Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Manifiesto de la Junta Patriótica Nacional* (1910). Quito: Imprenta y Encuadernación Nacionales.
- Maurain, E. (1900). "Reconnaissance de l'arc du méridien de Quito". En *La Géographie* 7 (II): 1-8.

- Mission du Service Géographique de l'Armée pour la mesure d'un arc de méridien équatorial en Amérique du Sud sous le contrôle scientifique de l'Académie des Sciences, 1899-1906*, Vol. III, f. 1. Angles Azimutaux (1910). Paris: Gauthier-Villars.
- Miranda Ribadeneira, Francisco (1972). *La primera escuela politécnica del Ecuador: estudio histórico e interpretación*. Quito: Ediciones Feso.
- Mundy, Barbara (1996). *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*. Chicago: University of Chicago Press.
- Muratorio, Blanca (1994). "Nación, identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX". En *Imágenes e imagineros: representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Padrón, Ricardo (1998). "Cumandá and the Cartographers: Nationalism and Form in Juan León Mera". En *Annals of Scholarship* 12 (3-4): 217-34.
- Pérez, J. Gualberto (1921). *Recuerdo histórico de la Escuela Politécnica de Quito*. Quito: Tip. Prensa Católica.
- Pickles, John (2004). *A History of Spaces: Cartographic Reason, Mapping and the Geo-Coded World*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Poole, Deborah (1997). *Vision, Race, and Modernity: A Visual Economy of the Andean Image World*. Princeton: Princeton University Press.
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood (1996). *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*. Nueva York: Routledge.
- Ribadeneira, J. Enrique y Luis Cornelio Díaz V. (1930). *Cien años de legislación militar, 1830-1930*. Quito: Editorial Gutenberg.
- Ristow, Walter William (1985). *American Maps and Mapmakers: Commercial Cartography in the Nineteenth Century*. Detroit: Wayne State University Press.
- Safier, Neil (2008). *Measuring the New World: Enlightenment Science and South America*. Chicago: University of Chicago Press.
- Salazar Ponce, Betty (2001). "De hija a hermana...". En *Ecuador-España: Historia y perspectiva*, María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo (Comps.). Quito: Embajada de España.



- Taylor, Anne Christine y Cristobal Landázuri (Comps.) (1994). *Conquista de la región Jivaro (1550-1650)*. Quito: Abya Yala, IFEA, MARKA.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1996a). *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: University of California Press.
- (1996b). “1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario”. En *Journal of Latin American Studies* 28 (1): 75-104.
- Tufiño, Luis G. (1911). *Servicio Geográfico del Ejército Ecuatoriano y la única base práctica en los estudios de la facultad de ciencias (proyecto)*. Quito: Imprenta y Encuadernación Nacionales.
- Vacas Galindo, Enrique (1905). *La integridad territorial del Ecuador*. Quito: Tipografía y Encuadernación Salesiana.
- Villavicencio, Manuel (1858). *Geografía de la República del Ecuador*. Nueva York: Robert Craighead.
- Wolf, Teodoro (1892). *Geografía y geología del Ecuador*. Leipzig: F. A. Brockhaus.
- Wood, Denis y John Fels (1992). *The Power of Maps*. Nueva York: The Guilford Press.

## Archivo

ANE Archivo Nacional del Ecuador/Fondo Gobierno, Quito.